

De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la Revolución Rusa (Argentina 1917-1924)

◆ *Roberto Pittaluga*

Hubo momentos en el agitado período de 1918 a 1921 en que realmente la revolución llamaba a nuestras puertas y nos hacía sentir el júbilo de la hora suprema de todas las reivindicaciones. Una ola internacional de entusiasmo solidario conmovió a los esclavos modernos y les llamó a la conquista del porvenir [...] Se vivieron en esos años horas inolvidables y el despertar de los pueblos ofreció un espectáculo grandioso y conmovedor. ¡Por fin se descubría a nuestras miradas ansiosas la tierra prometida! Surgió una Rusia preñada de promesas de libertad de entre los escombros del zarismo y por todas partes caían en ruinas los viejos sistemas carcomidos por la ola de fuego de la revolución. Sólo fue un despertar pasivo de las masas de esclavos; una ráfaga extraña [...] aparecieron los rayos de una aurora nueva y Prometeo levantó la frente, pero no supo destruir sus ligaduras...”

DIEGO ABAD DE SANTILLÁN¹

“¿Es que el anarquismo se encuentra en crisis? ¿Ha fracasado quizás frente a la experiencia de la Revolución Social? ¿Nuevas doctrinas han venido a destruir su posición revolucionaria?”

DEL PREFACIO DE LOS EDITORES A LUIGI FABBRI, *LA CRISIS DEL ANARQUISMO* (Buenos Aires, 1921)

Introducción

La revolución rusa tuvo una considerable influencia en la sociedad argentina, no sólo entre las formaciones militantes de la izquierda y el movimiento obrero

¹ Abad de Santillán, Diego, “Breviario de la contrarreacción”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 110, 25/2/1924, pp. 2-3.

◆ CeDinCi; Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

sino también en un variado arco de la intelectualidad y la política de nuestro país. En la particular coyuntura de la primera posguerra su influjo se manifestó hondamente en la inspiración de nuevos problemas y orientaciones, en la promoción de diversos y ácidos debates, motivando o acelerando rupturas, concitando enconos y adhesiones, alterando o poniendo en crisis las representaciones preexistentes de los cursos posibles o probables de la transformación de la sociedad y potenciando un clima de ideas apasionado por la novedad. La revolución que tenía lugar en Rusia fue objeto de atención de numerosas miradas que, más allá de las diferentes apreciaciones que motivara, eran coincidentes en un punto: su significación mayor para el nuevo rumbo histórico que se creía había abierto la primera guerra mundial.² Esa influencia de la revolución rusa se desplegó en, y en cierta medida fue reforzada por, un contexto político y socioeconómico en el que convergieron diferentes pero entrelazados procesos que multiplicaron viejas tensiones –y crearon otras nuevas– en el conjunto social. Señales de agotamiento, para el largo plazo, del perfil económico exclusivamente agroexportador, la democratización de la política, la conflictividad social en ascenso y diversas manifestaciones de malestar cultural inscribieron su marca específica en una coyuntura compleja y cargada de problemas.

En términos generales podría decirse que la revolución rusa instaló una cuestión decisiva: le otorgó *un* lugar a la revolución, y esto en al menos dos sentidos. Por un lado, implicó un corte del tiempo histórico: la revolución ya no era un lugar futuro sino uno presente, contemporáneo; las discusiones sobre su advenimiento dejaron de transitar el terreno especulativo o profético para tomar el cuerpo de la política presente. Este corte del tiempo podía ser también, aunque no necesariamente, la ruptura de una temporalidad lineal, con un antes y un después en cierta forma inconmensurables, y por ello exigir el inicio de un nuevo calendario, la consagración de un nuevo origen. El futuro tantas veces convocado se había constituido en un acontecimiento presente; ya no importaba si se lo creía más o menos cercano, o incluso más o menos inevitable: lo que aparecía era el corte con el pasado y la contemporaneidad de la era revolucionaria, y con ella, un nuevo inicio. Por otro lado, profundizando esa ruptura temporal, este otorgamiento de un lugar implicaba el recorte de un espacio político; la revolución ya no era *u-topía* –pero, tampoco resultará *eu-topía*.

Como afirma Negri, un significado profundo y crítico se reveló en el levantamiento ruso: la revolución, en su momento de triunfo –aun cuando éste quede

² Cfr. Halperin Donghi, Tulio, *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000.

circunscripto a Rusia—, dejó de ser una potencialidad subyacente al conflicto social, para convertirse en una realidad dotada de autonomía; su irrupción abierta fue el autorreconocimiento de la clase obrera como elemento independiente; el nuevo poder soviético, evidencia del antagonismo obrero que alcanza a estructurarse como Estado, devino punto de referencia e identificación interna para la clase obrera mundial, y por ello indicadora de una posibilidad objetiva, presente: el socialismo pasó de la utopía a la realidad. La clase obrera era desde ese momento una clase políticamente identificada, devenida sujeto a través de una serie de movimientos portadores de una absoluta connotación revolucionaria al interiorizar el elemento político dentro de la composición de clase y ahondar su presencia contradictoria a través de una autonomía políticamente consistente. Desde esta perspectiva “la originalidad irreductible del ‘17 [...] respecto de los ciclos de luchas obreras precedentes, resulta total: la verdadera piedra angular a partir de la cual cada problema recibe nuevas perspectivas y nuevas dimensiones, y el punto de vista de una clase obrera liberada”.³ Es por ello que Hobsbawm no ha dudado en resaltar tanto la ecumenicidad como la envergadura de la revolución rusa y, comparándola con la francesa, ha notado que aquella tuvo una repercusión mucho más vasta, siendo una de sus principales consecuencias la proliferación de partidos de izquierda (muchos de ellos, quizás la mayoría, identificados con la URSS y el PCUS) en los 50 años siguientes al evento revolucionario de octubre, en las más distantes latitudes y en los más diversos climas socioculturales.⁴

Las marcas que la revolución rusa imprimiera sobre los imaginarios revolucionarios de las formaciones político-culturales de signo libertario en la Argentina fueron de considerable hondura, aún cuando esas huellas siguieran distintos ritmos obedeciendo a las peculiaridades de cada grupo o corriente. El impacto se desplegó en un doble movimiento: por un lado, las consideraciones políticas y teóricas que se hicieron del fenómeno ruso estuvieron sesgadas por las representaciones y conceptualizaciones preexistentes de la revolución, las cuales, sumadas a la coyuntura sociopolítica argentina, conformaban el *contexto de reconocimiento* de la revolución rusa. Por otro lado —y en dirección opuesta—, el acontecimiento revolucionario conmovió los imaginarios previos: interpretar la revolución rusa era también interrogarse sobre los mismos presupuestos teóricos y políticos de las prácticas locales, sobre su plasmación en representaciones e imágenes e

³ Negri, Antonio, “John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el ‘29”, en *El Cielo por Asalto*, año I, n° 2, otoño 1991, p. 98.

⁴ Véase Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, cap. 2.

incluso sobre la conformación de determinadas identidades. La revolución rusa se constituyó entonces como un desafío a la vez teórico y político que obligó a reformulaciones, a nuevas afirmaciones o, al menos, a nuevos fundamentos para viejas conductas e identidades. Bajo el concepto de “recepción” se pretende contener ese complejo y plural proceso, pleno de apropiaciones, críticas y mediaciones, con profundas y diversas consecuencias teóricas y prácticas para el universo político e intelectual de la izquierda de la Argentina.

Las primeras recepciones anarquistas de la revolución rusa (1917-1919)

Las noticias que llegaban desde Europa referidas a los sucesos que tenían lugar en Rusia, suscitaron la pronta adhesión del anarquismo local. Ya en marzo de 1917, *La Protesta* reflejaba con simpatía los acontecimientos del Febrero ruso, aun cuando la satisfacción iba acompañada de prudencia sobre los posibles significados de esa revolución.⁵ Y es que la caída del zarismo, si era un avance sustancial por ser el fin de un régimen intolerable, no aseguraba la realización de las metas libertarias.⁶ La revolución de Octubre fue la que imprimió nuevas perspectivas a las reflexiones anarquistas. Un rasgo inicial de las lecturas de la revolución rusa entre las filas libertarias consistió en ubicarla como momento culminante de un multiseccular proceso de lucha por la emancipación, en situar al *octubre rojo* en un movimiento redentor de larga duración. Las reiteradas comparaciones con la revolución francesa o la comuna parisina, si por un lado eran la apelación a un arsenal conceptual y de referencias históricas que posibilitaran el análisis, por otro lado instituían, en el propio proceso interpretativo, una genealogía de un movimiento de emancipación universal que en los acontecimientos que tenían lugar en Rusia habría llegado a su cenit.⁷ La revolución rusa era “el aplastamiento total del régimen estatal por el gobierno de sí mismo”,⁸ y el final del largo camino parecía estar al alcance de los pueblos.

Esta lectura de la revolución rusa como coronamiento de una épica emancipatoria se conjugaba con las interpretaciones de aquel evento en las claves del imaginario social revolucionario del anarquismo radical. Las representa-

⁵ *La Protesta*, 22/3/1917; véase también López Arango, Emilio, “Los valores de la revolución”, en *Alborada. Revista de Ciencias, sociología, literatura y arte*, año I, n° 7, 1/7/1917, p. 4.

⁶ *La Protesta*, 14/11/1917, p. 1.

⁷ Cfr. varios artículos en este sentido en los números de *La Protesta* del 11/11/1917; 13/11/1917; 14/11/1917; 4/12/1917; 17/2/1918.

⁸ *La Protesta*, 17/2/1918: “La Revolución Rusa y su influencia moral”, p. 2

ciones preexistentes de la revolución, de la transformación del orden social, en las que se articulaban una serie de principios políticos, ideológicos y éticos esenciales en el ideario ácrata con una dimensión utópico-restauradora también constitutiva de esta corriente de pensamiento, configuraban el entramado conceptual y simbólico desde el cual tenían lugar las primeras recepciones de la revolución rusa. Ese imaginario revolucionario —con sus representaciones catastrofistas de la revolución, con esa combinación de utopía y redención, de apocalipsis y abismo total entre topía y utopía— dejó sus trazas en el desciframiento y apropiación iniciales de la revolución rusa, a la vez que las ideas libertarias de la revolución adquirirían así un signo confirmatorio y relegitimante.⁹

Las imágenes que reiteradamente utilizó la prensa libertaria para dar cuenta de la revolución de los soviets eran aquéllas que, en primer lugar, señalaban la radical cesura que ese evento expresaría. La revolución constituía el “último límite de la senda que trazó una época de brutalidad y crímenes”, y a partir de ella la humanidad podía construir la sociedad anhelada.¹⁰ De tal forma, leían en la revolución rusa una ruptura epocal abismal, donde la distancia entre topía y utopía era inconmensurable: “Este mundo que nace será edificado sobre los escombros del viejo mundo sin valerse de ningún material usado para que su solidez sea bien cimentada”.¹¹ La “alborada roja”, la “tormenta revolucionaria”, el “incendio social” que recorría el mundo, eran las figuras utilizadas para dar cuenta de la inequívoca señal de que “una nueva era [...] pugna[ba] por nacer a la luz de los siglos”; así planteada, la revolución era una irrupción en la historia, era “el Ideal en marcha”, casi una entidad autónoma e independiente de los sujetos que la promovían.¹²

Esta “nueva era” que la revolución rusa había iniciado, además de significar un corte en el proceso histórico, era el anuncio de una transformación destinada a ser mundial,¹³ y las representaciones apocalípticas de una conmoción a escala planetaria ponían en juego los signos redentores del imaginario revolucionario anarquista: “Relámpagos de fuego, que anuncian el choque fragoroso de dos potencias, de dos clases sociales en lucha, rasgan a intervalos las

⁹ Para el imaginario revolucionario del anarquismo puede consultarse Mannheim Karl, *Ideología y utopía*, México, FCE, 1993; y Löwy Michael, *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997. Para el imaginario del anarquismo de la Argentina, véase Pittaluga, Roberto, “Un imaginario utópico-restaurador en el anarquismo de la Argentina”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura* (Buenos Aires), nº 11/12, primavera 2000, pp. 74-77.

¹⁰ *La Protesta*, 5/3/1919: “De la Revolución. La Dictadura del Proletariado”, pp. 1 y 2.

¹¹ Locascio, Santiago, *Maximalismo y anarquismo*, Buenos Aires, Atilio Moro, 1919, p. 46.

¹² *La Protesta*, 17/2/1918: “El Ideal en marcha”, p. 2; véase también *Tribuna Proletaria*, nº 30, 31/8/1919, p. 1.

¹³ *Tribuna Proletaria*, nº 32, 3/9/1919, p. 1.

tinieblas que envuelven los enigmáticos destinos del porvenir. Y, en lontananza fulgores rojos de una aurora de bonanza y de paz, pugnan por abrirse camino en medio del caos actual, para alumbrar finalmente a una humanidad purificada y redimida”.¹⁴

Una buena imagen de cómo los libertarios representaban ese momento histórico es la tapa del nº 30 del periódico *Bandera Roja*. En el dibujo de esa primera plana —que ocupa casi toda la página— aparece sobre la izquierda un soldado de pie, apoyado sobre la culata de su fusil y cuya bayoneta clava al suelo la mano derecha de un trabajador. Éste, en el centro y semiarrodillado, levanta su mano izquierda hacia un amanecer —que actúa de fondo de la ilustración— en el que la palabra “revolución” reemplaza al sol e ilumina el firmamento. A la derecha del trabajador, una niña repite el gesto, levantando su mano derecha. Este número de la publicación es del 30 de abril de 1919, y su portada viene a saludar el 1º de mayo. Al pie de la imagen, un texto anuncia al lector: “Ya amaneció, y la estrella aparece magestuosa [sic] por el oriente europeo, llenando de júbilo nuestra alma. El capitalismo, encharcado en sangre, no quiere verla, y pretende impedir el advenimiento del día magnífico que presagia, arrojando sombras sobre la aurora que viene a deshacerlas”.¹⁵

Podría argumentarse que generalmente la izquierda, y en especial el anarquismo, invocan la revolución como un futuro inminente; sin embargo, en los enunciados referentes a la revolución rusa se advierte la utilización de deícticos que reafirman que esa revolución no es inminente sino que se sitúa en el aquí y ahora de la enunciación. El uso, por el autor de este texto, del deíctico *ya* es la declaración del momento presente como uno revolucionario, a diferencia de las apelaciones usuales a la revolución como un momento por-venir. Paralelamente, la metáfora del “amanecer” expresa tanto el nacimiento, el inicio, como que el mismo tiene lugar por el este, por ese “oriente europeo” que no es más que la revolución rusa. Tales imágenes se repetían en las publicaciones libertarias, reafirmando esa primera recepción de la revolución rusa como ruptura epocal e inicio de otro tiempo histórico y, por tanto, como preludio del “advenimiento del día magnífico”, en claves apocalípticas y redentoras. Además de compartir los rasgos que han caracterizado la metamorfosis semántica del concepto de revolución operado por la modernidad,¹⁶

¹⁴ *Tribuna Proletaria*, nº 34, 5/9/1919, p. 2.

¹⁵ *Bandera Roja*, nº 30, 30/4/1919, pp. 1-2. Apreciaciones similares en *Bandera Roja*, nº 21, (21/4/1919), nº 23 (23/4/1919), nº 29 (29/4/1919), nº 31 (2/5/1919), nº 32 (3/5/1919), nº 33 (4/5/1919) y nº 34 (5/5/1919).

¹⁶ Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993. Véase también Arendt, Hannah, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988.

y con variaciones dentro de las diversas tendencias y perspectivas de este heterogéneo conjunto que era el anarquismo argentino, el imaginario fuertemente utópico-redentor de la corriente sesgó estas primeras apropiaciones de la revolución rusa. Mediante imágenes y representaciones que están impregnadas de los elementos simbólicos que vertebraban la literatura utópica y el discurso político ácratas, los anarquistas mezclaron sus deseos con la realidad, y apelaron a las imágenes de la revolución soñada para caracterizar los sucesos rusos.

Era ésta tanto una operación discursiva destinada a mostrar la cesura que implicaba aquella revolución como otra que intentaba, implícitamente, entroncarla con el pensamiento y la práctica ácrata. Las intervenciones que buscaban edificar una interpretación sobre la revolución rusa, además de tener como objetivo confrontar con las rivales, se proponían otorgarle un sentido histórico que revirtiera en términos legitimantes sobre las actuaciones locales de los revolucionarios anarquistas. Así, la significación de la revolución rusa como “ruptura epocal” era el preludeo de una más vasta transformación de orden mundial ya anunciada por los profetas del anarquismo, era el tan esperado inicio del fin del capitalismo y el Estado. Esto influyó en la lectura de los acontecimientos locales por parte de muchos de los anarquistas. El aumento de la conflictividad social, la presencia de la clase obrera como sujeto de envergadura en esta coyuntura, alentaron esas lecturas “anhelantes” de emancipación y la misma conflictividad local fue vista a través de la lente de “la revolución mundial ya iniciada”.

Los desafíos de la revolución realizada

El entramado relacional entre el imaginario, la teoría y las prácticas anarquistas y la revolución rusa, tiene dos aspectos que se condicionan recíprocamente y que son determinados a su vez por el contexto sociopolítico local, al cual, por otra parte, interpretan desde ese mismo conjunto relacional. Por un lado, la revolución, como traté de mostrar, tiende a ser des-cifrada por medio de los símbolos que vertebran ese imaginario revolucionario utópico-restaurador y de un corpus de principios nodales del pensamiento ácrata que pivotean sobre las nociones de igualdad y libertad.¹⁷ Por otro lado, la revolución rusa comportaba elementos

¹⁷ Para las ideas políticas del anarquismo existe una vasta literatura especializada, además de las principales obras de sus más importantes referentes. También existen varios trabajos que tratan las ideas políticas del anarquismo argentino, pero que por falta de espacio no puedo enumerar aquí. Sólo quisiera señalar que en la mayoría de las elaboraciones, los conceptos de igualdad y libertad, mutuamente implicados, suponían la existencia de una naturaleza humana originaria y provista de esos atributos.

ajenos a la tradición del ideario anarquista, colocando dichos aspectos de su específica experiencia dotados de la legitimidad propia de una revolución efectivamente realizada.¹⁸ Es que la revolución rusa planteaba un problema sustancial para las corrientes libertarias: si la utopía había dejado de ser un no-lugar y se recortaba como inicio de un nuevo tiempo histórico, la revolución rusa actuaba entonces como nueva referencia histórica. En tanto tal, reafirmar su ejemplo era ratificar, en el propio lugar, la revolución –su necesidad tanto como su ineluctabilidad. Esta constitución de la revolución rusa como referencialidad para el movimiento revolucionario corría el riesgo de erigir el particular derrotero ruso en el modelo que los revolucionarios de otras tierras debían emprender si querían triunfar. Aun cuando la mayoría de los anarquistas no cedieron a esta tentación, en el primer año y medio que sigue a noviembre del '17, y a medias obnubilados por sus deseos y a medias por encontrar allí respuestas a desafíos de orden local, se embarcaron en la exaltación de la revolución tomando de ella incluso cuestiones reñidas con el ideario ácrata.

Durante este primer momento (1917-1919) todos los principales referentes políticos del anarquismo apoyaron de una u otra forma la revolución rusa, aun cuando esas recepciones conservaran subterráneamente los disensos.¹⁹ Es interesante destacar que esta simpatía por la revolución rusa se trasladaba a una suerte de euforia política en torno a las posibilidades reales de una revolución en Latinoamérica, y existía una marcada expectativa en ese sentido, sobre todo en la región rioplatense. Que esto fuera así parecería derivarse, además de las ya señaladas lecturas catastrofistas, de una lectura de la revolución rusa en la que se asignaba un desmesurado peso a la elite de los revolucionarios. El “maximalismo” leído en clave vanguardista iba constituyéndose en el modelo de revolución. Incluso en un giro que no era del todo ajeno al anarquismo, la confianza en las virtualidades de la élite dirigente opacaban todo rol autoemancipador de las masas.²⁰ No sólo el

¹⁸ Koselleck, Reinhart, *op. cit.*, pp. 83 y ss.

¹⁹ Es importante destacar que es justamente en estos años, entre 1916-17 y 1919, que tres corrientes se dibujaron con bastante nitidez en el anarquismo rioplatense. Una de ellas, el “protestismo”, se agrupó justamente en torno a *La Protesta* y la FORA quintista; una segunda corriente, a la que se conocerá con posterioridad como el “antorcismo”, surge a partir de los redactores de *La Obra* –fundamentalmente Teodoro Antillí y Raúl González Pacheco– quienes fundaron sucesivos periódicos, siendo los más importantes *Tribuna Proletaria* y *La Antorcha*, que aparecieron hacia 1919 y 1921 respectivamente. Finalmente, una tercera corriente a la que sus detractores denominaban “anarco-bolchevique”, tiene sus orígenes en el periódico rosarino *La Rebelión* en 1913, para posteriormente editar importantes publicaciones como *Bandera Roja* (1919), *El Comunista* (Rosario, 1920), *El Trabajo* (1921-22) y *El Libertario* (1923-1932) y, luego de su escisión, uno de los grupos que se aleja de *El Libertario* editará nuevamente *La Rebelión* (1925).

²⁰ *La Protesta*, 17/2/1918: “La Revolución Rusa y su influencia moral”, p. 2. También puede verse, al respecto, la construcción narrativa de la revolución en la utopía de Pierre Quiroule, *La ciudad*

proceso revolucionario pasaba a ser, en esta interpretación, una tarea de las vanguardias, sino que también era concebido según los criterios de una estrategia de toma del poder, de encumbramiento de dichas élites para, desde la cima, destruir lo viejo y construir el nuevo orden. Pero la experiencia protagonizada por los bolcheviques reformulaba la relación entre una élite revolucionaria y las masas de oprimidos y explotados; ahora, como formularía Lukács, el problema de la organización política pasaba a primer plano. La revolución rusa y la legitimidad que ella misma producía, pero también su construcción modélica, tendrían profundas consecuencias en el pensamiento y las prácticas anarquistas.

De tal forma, no resulta extraño que la controvertida figura de la “dictadura del proletariado” fuera también rápidamente incorporada como parte del legado de la revolución rusa en la prédica ácrata: “La dictadura del proletariado, primera consecuencia de la revolución social, instrumento de progreso que emplean los pueblos para destruir todos los anacronismos sociales y que servirá de base a una organización basada en el principio humano de la producción libre y el libre consumo”.²¹ Este régimen era concebido no sólo en términos transicionales sino que se mantenían presentes las claves destructoras de la revolución: el objetivo de la dictadura del proletariado no era otro que la destrucción de la vieja sociedad. Pero además, no era esta dictadura un producto exclusivo del itinerario revolucionario ruso, sino una etapa necesaria e inevitable para toda revolución, como razonaba Emilio López Arango cuando decía “la dictadura constituye la esencia, el fundamento de todo gobierno y en el período revolucionario, la dictadura es necesaria, ineludible para destruir las fuerzas de la oposición y matar el espíritu conservador acomodaticio de la clase productora”.²² La necesidad de la dictadura es planteada tanto como instrumento para enfrentar a la burguesía como a los propios trabajadores (una dictadura, entonces, *sobre* el proletariado).²³

anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria con el plan de la ciudad libertaria, en Gómez Tovar, Luis; Gutiérrez, Ramón y Vázquez, Silvia, *Utopías Libertarias Americanas*, vol. I, Madrid, Fundación Salvador Seguí/Ediciones Turo, 1991, en la cual destacan cuestiones como el vanguardismo, la planificación, la toma del poder, mientras las masas son meras espectadoras. Para un análisis de esta obra de Quiroule puede consultarse Doeswijk, Andreas, “Camaleones y cristalizados: los anarcobolcheviques rioplatenses, 1917-1930”, Tesis de Doctorado, Universidad de Campinas, 1998 [lamentablemente las páginas del mimeo están sin numeración]; y Pittaluga, Roberto, “Un imaginario utópico-restaurador en el anarquismo de la Argentina”, *op. cit.*

²¹ *La Protesta*, 5/3/1919: “De la Revolución. La Dictadura del Proletariado”, pp. 1 y 2.

²² *La Protesta*, 9/12/1919: “El Sentido Histórico de la Revolución”, p. 1. Véase también el citado artículo de *La Protesta* del 5/3/1919.

²³ El tema de la dictadura del proletariado se reflejó claramente en la obra de Pierre Quiroule cuando, en su tercer texto utópico —que se publica en 1924 con el título de *En la Soñada Tierra del Ideal—*, el autor introduce, entre el momento de la revolución y la sociedad emancipada, un período transicional: la Dictadura del Trabajo. Esta etapa dictatorial, si estrictamente elude el nombre de

La revolución rusa colocaba así una serie de temáticas con las que el anarquismo tendría que enfrentarse. Muchas de ellas estaban ausentes en su pensamiento revolucionario –como el problema de las condiciones materiales para la formación de una sociedad emancipada–, y otras abiertamente en pugna con sus principios rectores –como el tema del poder revolucionario. La cuestión de la política –que se manifestó en este momento a través de ciertas intervenciones de activistas libertarios en torno a la problemática de la unidad de los revolucionarios y sus diferencias y complementariedades con las sociedades de resistencia o los sindicatos–, una cuestión que ya se había hecho presente como desafío impuesto por la democratización del sistema político argentino, volvía ahora de la mano de la revolución, con la legitimidad inherente a lo que parecía la cristalización de anhelos largamente esperados. También las lecturas aporéticas de la dictadura del proletariado planteaban desafíos teóricos y políticos al ideario y la identidad anarquista; un régimen tal –aún cuando fuera pensado en términos transicionales– implicaba el mantenimiento del Estado y la autoridad, foco central del combate de las teorías y prácticas ácratas, al mismo tiempo que escindía, en el momento de la revolución, la libertad y la igualdad. Sin embargo, la dictadura del proletariado podía ser concebida –y así lo era, todavía– como alternativa a la democracia, la cual, creían, había fracasado en Rusia entre febrero y octubre, al no resolver los problemas de los oprimidos. Esta inscripción del régimen soviético, como alternativo a la democracia, les permitía revalidar con nuevos pergaminos su denostación del reciente sistema democrático en Argentina, a la par que reafirmar su identidad y unas prácticas y discursos seriamente conmovidos por la política yrigoyenista.²⁴

Asociado a los problemas de la vanguardia y la dictadura del proletariado, otro tema vendría a sumarse y a redimensionar las percepciones y los debates

Dictadura del Proletariado, evidentemente lleva su marca; en el movimiento elusivo se pone de manifiesto cuánto molestaba a este pensador el menoscabo de “las ansias de libertad”, pero aún así admite su necesidad como momento histórico ineludible. Porque si en *La ciudad anarquista americana* a Quiroule le bastaba con la construcción del reino de la libertad y la igualdad, sin importarle demasiado las condiciones materiales de vida y su relación con ambos objetivos, en su última utopía aparece el tema del bienestar social necesario –porque ineludible– como requisito para la gestación de la sociedad libertaria, bienestar alcanzable a través de ese régimen transitorio el cual, además, aparece como la única forma de derrotar las fuerzas conservadoras supervivientes al hecho revolucionario. Por otra parte, esa Dictadura de los sindicatos se autodisolvería en tanto se cumplieran las metas para las que ella misma había sido instituida.

²⁴ Para una conceptualización diferente de la dictadura del proletariado como la más amplia democracia de masas, y la crítica a las limitaciones bolcheviques de dicho principio político, véase el texto contemporáneo de Rosa Luxemburg, “La revolución rusa”, en Luxemburg, Rosa, *Obras escogidas*, Buenos Aires, Pluma, 1976. Dicho texto Luxemburg lo escribió en 1918, pero fue publicado por Paul Levi en 1922.

entre las filas libertarias: el problema del sujeto de la revolución. ¿Quiénes hicieron la revolución en Rusia? ¿Quiénes ejercían en Rusia la “dictadura”? o, en todo caso, ¿quiénes, en nombre de quiénes otros, la ejercían? Esta cuestión no se evidenciará hasta el momento de los más candentes debates que sobrevendrán a partir de 1919. Sin embargo, ella estaba presente en la potenciación de las estrategias políticas de algunos de los grupos anarquistas más importantes.

Aun cuando las tres principales corrientes que se estaban dibujando en el mundo ácrata de Argentina apoyaron la revolución rusa entre 1917 y 1919, argumentando además sobre la necesidad de incorporar al acerbo teórico y práctico libertario lo que esa revolución –preámbulo de una mundial– estaba demostrando, las lecturas, y los problemas que aparejaban, no terminaban de conjugarse en una interpretación unánime. El clima de contestación social y política de la posguerra, el crecimiento de ambas FORAS, aminoraban las contradicciones tanto de las tendencias anarquistas entre sí como entre el legado de esa tradición y lo nuevo que aportaba la experiencia soviética. Sin embargo las tensiones existían, y se debían también a problemáticas no directamente relacionadas con la revolución rusa. La democracia y las exhortaciones nacionalistas, las políticas de un gobierno populista, ya eran graves problemas para el anarquismo. Las tensiones se exacerbaban y atravesaron, desde 1919, los debates sobre la revolución rusa.

Los primeros críticos: los “antorchistas” de *Tribuna Proletaria* entre 1919 y 1921

Entre 1919 y 1921 las tensiones entre las distintas corrientes del anarquismo se irán incrementando para estallar sobre mediados de 1921. Estos años, que conformaron lo que podría llamarse la segunda etapa de la recepción de la revolución rusa entre los anarquistas rioplatenses, vieron agudizarse los debates, por lo que todos los polemistas se vieron obligados a profundizar los argumentos tendientes a justificar identificaciones, apropiaciones o rechazos de la revolución rusa. Estas modificaciones acerca de su significación se inscribieron como parte de una disputa de raíces locales en torno a los principios y prácticas que debían regir al anarquismo y a las organizaciones obreras. Frente al consenso predominante hasta 1919, se alzaron, como los primeros críticos de la experiencia soviética, quienes luego serían identificados como los “antorchistas”.²⁵

²⁵ Dado que este artículo está centrado en los desplazamientos de algunas corrientes libertarias desde las iniciales y entusiastas recepciones anarquistas de la revolución rusa hacia el final distanciamiento

Las elaboraciones y conceptualizaciones de esta corriente la identificaron, en estos años, el sector del anarquismo que sustentaba los ideales decimonónicos de esa orientación, gran parte de los cuales seguían animando al forismo quintista. Evidentemente muchos de esos principios y nociones vertebraban los discursos de otros grupos y corrientes libertarias, como por ejemplo el antiparlamentarismo y el antiestatalismo y lo que, en el lenguaje ácrata, era el apoliticismo. Sin embargo muchos de estos términos, de uso corriente en la prensa ácrata, estaban lejos de tener un sentido unívoco aun entre los propios anarquistas, y gran parte de los debates sobre la revolución rusa pivotaron sobre la polisemia de voces como política, estado, dictadura, proletariado, etc., incluso si a dichas voces se las circunscribe a los intercambios discursivos al interior del campo anarquista –algo, por otra parte, difícil, pues ese mundo político-cultural era inescindible fragmento del universo de la izquierda, pertenencia que fuera ahondada en esta coyuntura por las repercusiones de la revolución rusa. Justamente las intervenciones del antorchismo pretendían otorgar un sentido a tales conceptos de manera que sirvieran al sustento del perfil y la identidad anarquista tal y como había existido entre fines del siglo XIX y primeros años del XX, esfuerzo que fue redoblado, ahora hacia el interior de las filas libertarias, en el preciso momento en que los antorchistas creyeron que la identidad anarquista estaba siendo relegada por la “marxistización” de la militancia ácrata de la mano de ciertas lecturas de la revolución rusa.

Un conjunto de formulaciones dicotómicas, como reforma/revolución, nacionalismo/internacionalismo, militarismo/antimilitarismo, neutralismo/definición

y crítica de las experiencias soviética y bolchevique, no puedo referirme aquí a las elaboraciones que hiciera de las mismas el grupo anarco-bolchevique. Sin embargo, tengo que destacar que las lecturas que hizo este grupo de la gesta revolucionaria rusa, además de ser claves para la comprensión del proceso de recepción, estuvieron orientadas por una voluntad de apropiación de dicha experiencia que implicaba no sólo una reformulación de los principios teórico-políticos del anarquismo, sino que también tenía importantes consecuencias en las prácticas políticas de la militancia libertaria. Entre estas últimas es sumamente importante destacar que los anarco-bolcheviques encontraron en la revolución rusa una confirmación y una legitimación –además de nuevos elementos teórico-prácticos– para sostener prácticas con perspectivas más abiertamente clasistas que las predominantes hasta entonces en el anarquismo rioplatense, y que ello los llevó a otorgarle mayor centralidad a los conflictos por el control del proceso de trabajo y a colocar la unidad del movimiento obrero y la formación de una organización específicamente política del anarquismo entre sus objetivos prioritarios. Para la trayectoria de la corriente anarco-bolchevique, véase Doeswijk, Andreas, *op. cit.*; para las interpretaciones que este grupo realizara de la revolución rusa, véase Pittaluga, Roberto, “Recepciones de la revolución rusa: el caso de los anarco-bolcheviques”, ponencia presentada en las Primeras Jornadas de Historia de las Izquierdas, Buenos Aires, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, 8 y 9 de diciembre de 2000; para las perspectivas clasistas de sus integrantes –incluso una vez disuelta la corriente como tal–, véase López, Fernando, “El clasismo en los años ‘20”, mimeo, 1997. A pesar de haber realizado el más importante y detallado trabajo sobre los anarco-bolcheviques, Andreas Doeswijk simplifica las elaboraciones que hiciera este grupo sobre la revolución rusa.

ideológica, pragmatismo/finalismo, había sido utilizado por el anarquismo rioplatense para construir su identidad frente a socialistas y sindicalistas. Desde esos pares antagónicos se vertebraba un discurso que criticaba desde el parlamentarismo como eje de la práctica socialista hasta la centralidad otorgada por los sindicalistas a las luchas obreras por el control del proceso de trabajo. Pero la crítica a socialistas y sindicalistas fue opacada en los años 1919 a 1922 por las disputas en torno a la hegemonía entre la militancia libertaria por perspectivas teórico-políticas rivales y uno de los nudos del debate fue precisamente la revolución rusa.

Quienes fueron los primeros críticos de la experiencia soviética iniciaron su recusación de la misma tomando distancia de los potenciales significados de la dictadura del proletariado. Aunque todavía en forma cautelosa —dada la atracción que la revolución rusa despertaba en las filas de la militancia ácrata—, los antorchistas alertaban sobre las potencialidad burocratizante de la experiencia soviética, en tanto se trataba de un poder político.²⁶ El riesgo que creían entrever era la difuminación del perfil propio de los anarquistas, o sea su bolchevización. En un extenso artículo, Teodoro Antillí trataba de brindar una visión equilibrada de las consecuencias de la experiencia rusa en referencia a la formación de partidos comunistas alineados con la III Internacional: si ellos eran los remanentes internacionalistas del socialismo —cuya importancia no debía ser desconocida—, si el bolchevismo parecía ser una vía más rápida a la revolución, esto comportaba, como lado negativo, la colaboración con la burguesía a través de la participación política, tal cual lo probaría el recién formado Partido Socialista Internacional —que por ello mismo se convertiría rápidamente, pronosticaba Antillí, en un partido socialista nacionalista. ¿Quiénes podrían ser en estas latitudes los que formarían la rama local de la III Internacional, se preguntaba este autor? Y respondía que sólo los anarquistas que, deponiendo sus principios, adoptaran “el comunismo de Lenin, Liebknecht o Bela Kun, que es lo que hizo *Bandera Roja*”; lo cual no era recomendable aun si apresuraba efectivamente la revolución.²⁷ Antillí planteaba ya lo que sería uno de los ejes sobre los que se edificaron las opiniones críticas que los antorchistas vertieron sobre la revolución rusa: una oposición a la experiencia bolchevique desde los “principios” libertarios, que sería reforzada sobre la base de lo incorrecto que resultaría escindir medios y fines: en dicha escisión se perderían de vista los objetivos libertarios e igualitarios

²⁶ *Tribuna Proletaria*, nº 14, 13/8/1919, p. 1.

²⁷ *Tribuna Proletaria*, nº 27, 28/8/1919, p. 1. Recuérdese que *Bandera Roja* era el periódico anarco-bolchevique.

del anarquismo y su irremediable resultado sería, quizás, otra sociedad, pero no aquella soñada tierra del Ideal.

Por ello, una de las objeciones que hicieran de la revolución rusa era que la misma distaba de ser una revolución anarquista. No se habían conformado allí las federaciones de asociaciones libres, y la continuidad del estado, más allá de las justificaciones, venía a marcar la permanencia de la dominación política. Los libertarios, agregaban, no podían ceder ante ninguna “ficción política”, ni siquiera aquellas que, como la bolchevique, estaban dispuestas al derrocamiento del régimen burgués, pues sólo significarían “entronizar en su lugar otro, regido por normas estatales que causarían la descomposición inmediata del cuerpo social”.²⁸ Los editores de *Tribuna Proletaria* iniciaron entonces una crítica de la problemática que se constituyó en los años 1919-1921 en el meollo de la posición a adoptar ante la revolución rusa, la dictadura del proletariado. En primer lugar cuestionaban las razones que se esgrimían a fin de justificar ese régimen, fueran éstas la necesidad de la defensa de la revolución triunfante o el carácter transitorio del gobierno bolchevique. Salvaguardar la revolución rusa no podía llevarse a cabo a través de la implantación de otro estado, por más que fuera éste un estado proletario.²⁹

La transitoriedad del régimen soviético, su autodisolución futura era, para los antorchistas, una ficción, y la transición a una sociedad emancipada habría de requerir de otra revolución.³⁰ Esto era así porque la base de ese estado, que el autor designaba como socialdemócrata, era el mantenimiento del régimen de asalariado —que encubría, bajo la forma del salario, la permanencia de la autoridad. Basándose en Kropotkin —a quien cita largamente—, Antillí superpone, a un conflicto económico, otro de tipo político por la libertad, al que otorga la primacía;³¹ la igualdad sin libertad no sería, entonces, verdadera igualdad. Postulando la inescindible unidad de igualdad y libertad, los antorchistas querían quebrar la antinomia dictadura burguesa/dictadura proletaria, oposición falsa porque concebir la revolución como tránsito de la primera a la segunda de las estatalidades mencionadas no era otra cosa que mantener la sujeción de los individuos: ese comunismo era un “comunismo de cárcel, comunismo de cuartel”.³² Las obje-

²⁸ *Tribuna Proletaria*, n° 38, 10/9/1919, pp. 1 y 2.

²⁹ *Tribuna Proletaria*, n° 46, 19/9/1919, p. 2. Artículo firmado por Fernando del Intento, que fue director de *Ideas* (La Plata), y que junto a *Tribuna Proletaria* (y luego *La Antorcha*), y a *Pampa Libre* (La Pampa) conformaban las principales publicaciones del “antorchismo”.

³⁰ Antillí, Teodoro, *Comunismo y Anarquía*, Buenos Aires, Grupo Editor Acracia, 1919, p. 13.

³¹ *Idem*, p. 16.

³² *Tribuna Proletaria*, n° 28, 29/8/1919, p. 1.

ciones al régimen soviético eran continuadas en la crítica del marxismo como corpus teórico y como práctica política, crítica que si contaba con lejanos antecedentes en la tradición anarquista se relacionaba en este momento con la apropiación que, vía la revolución rusa y el bolchevismo, realizaron los anarcobolcheviques.³³

En una intervención sintomática porque cargada de demarcaciones ideológicas que quieren precisar perfiles identitarios puestos en crisis, Teodoro Antillí enfatizaba que el término comunismo difería en las doctrinas marxista y anarquista. Para el marxismo, comunismo sería sinónimo de dictadura del proletariado, al estilo jacobino, un “medio de dictar leyes para un Estado colectivista, haciendo entrar por la fuerza a la nación en él”, o, en otras palabras “la dictadura para uno o dos jefes de partido”. La creación de los soviets era la materialización de estas ideas, porque a través de ellos se “crea[ba] en realidad la centralización de todas las clases de fuerzas en el Gran Soviet, o Soviet de los Soviets; y en él de dos personas: Lenin y Trotsky”.³⁴ Pero los soviets no eran ningún tipo de comité revolucionario sino “una perfecta forma de democracia proletaria”, difícilmente distinguible, según el autor, de las formas parlamentarias y los sistemas electorales que regían en el capitalismo; a través de ellos se consultaba a los obreros —únicos con derecho de voto—, y esos proletarios elegían delegados. Los soviets constituían, por lo tanto, nada más y nada menos que otra forma de poder político.³⁵ Desde esta perspectiva, y a diferencia de la primera etapa de la recepción de la revolución rusa, la dictadura del proletariado o el sistema soviético dejaban de ser una alternativa al sistema democrático, pues no serían más que una de las formas que tomaría la democracia, parlamentaria aquí, soviética allá.

Como bien señala Fernando López, a fin de deslindar el corpus teórico anarquista del marxista, los antorchistas impugnaban el concepto de lucha de clases oponiéndole el de “lucha social”.³⁶ Mientras el objeto de la lucha de clases sería la implantación de la dictadura proletaria, la lucha social se encaminaba necesariamente hacia la libertad de la humanidad, eliminando toda causa de opresión o tiranía, suprimiendo definitivamente todas las estructuras de poder.³⁷ Tras ese

³³ Por ejemplo, en *Tribuna Proletaria*, n° 42, 14/9/1919, p. 1. También *El Libertario*, n° 7, 12/7/1920, p. 1. Este periódico *El Libertario* se publicó en 1920, y era editado por miembros de la corriente antorchista; no debe confundirse con el que con el mismo nombre publicaron los anarcobolcheviques a partir de 1923.

³⁴ Antillí, Teodoro, *op. cit.*, pp. 19 y 20.

³⁵ *Idem*, pp. 21 y 22.

³⁶ López, Fernando, “El impacto de la revolución rusa en la Argentina. El debate ideológico en el movimiento obrero anarquista. El diario *Tribuna Proletaria*”, mimeo, s/f. [c. 1997], pp. 38 y ss.

³⁷ *Tribuna Proletaria*, n° 47, 20/9/1919, p. 1.

contrapunto entre “lucha de clases” y “lucha social” puede entreverse tanto una concepción del sujeto revolucionario como ciertos presupuestos acerca del camino a recorrer para alcanzar la transformación social. El concepto de lucha social, en palabras de los miembros de *Tribuna Proletaria*, implica observar el conflicto social ordenado por las categorías de “explotados” y “explotadores”, y la lucha entre estos dos sectores es tanto una lucha económica para abolir el salario y el capitalismo, como social –por la renovación de las costumbres– y, aun, política –por la emancipación y por el autogobierno.³⁸ Hacer converger estos tres aspectos de la realidad y poner el énfasis del discurso en la modificación de los estilos de vida, de las prácticas cotidianas, costumbres y tradiciones, como hacían los antorchistas, da la posibilidad de incluir una mayor diversidad social entre el potencial público de la prédica revolucionaria que aquel interpelado por un discurso clasista en su formulación tradicional. Las delimitaciones del destinatario del discurso antorchista eran entonces mucho más difusas que la prédica de perfiles más obreristas que desplegaban sus adversarios anarcobolcheviques. Explotadores y explotados –términos que eran indistintamente intercambiados por opresores y oprimidos– son así amplias categorías que incluyen tanto lo que podría denominarse estrictamente explotación económica, como los elementos no económicos de la dominación y del poder. Por ello, si con la noción de lucha social se estaba impugnando la idea de Estado de transición bajo la forma de dictadura del proletariado, a la par se estaba definiendo un sujeto de la revolución que abarcaba mucho más que la clase obrera. Esta definición del concepto “lucha social”, que intentaba reconceptualizar el conflicto social para que englobara también la crítica y la lucha contra toda autoridad, contra toda coerción, remitía inmediatamente a los peligros de contar con una “dirección revolucionaria”; justamente esta pluridimensionalidad de la lucha social imponía la no delegación, la no representación de las agrupaciones sociales capaces de llevar a buen puerto la lucha emancipatoria. El concepto de lucha social quería así significar la diversidad de esferas y ámbitos, de motivaciones y perspectivas que implicaba la búsqueda de una sociedad liberada y en libertad. ¿Quién podría entonces dirigir esa búsqueda? La respuesta negativa a la posibilidad de dirección del proceso de transformación social por parte de estos anarquistas los llevaba, casi sin mediaciones, a rechazar prácticamente toda forma organizativa porque en su entramado institucional se escondía siempre la posibilidad del retorno del poder. Las únicas formas de asociación que admitían eran las regidas por la

³⁸ *Tribuna Proletaria*, n° 38, 10/9/1919, p. 1.

afinidad y el acuerdo voluntario, y éstas podían ser verdaderamente revolucionarias si asumían claramente la doctrina anarquista. Así, por medio de la crítica de la “dirección revolucionaria” –que necesariamente importaba organización, y recíprocamente, una organización no podía significar más que la voluntad de dirección–, lo que explícitamente se quería excluir era la política. Con este rechazo de la política y por ende de la democracia, aún cuando fuera la democracia proletaria, el anarquismo se privó de pensar la democracia como “poder del pueblo”, como espacio que se forma con y por medio de sujetos autoconstruidos. Por ello, si bien esta composición del discurso político ácrata les permitía una gran ubicuidad política, tenía como contrapartida negativa la incapacidad de vertebrar un pensamiento y una acción que se internaran en las relaciones entre los procesos de subjetivación y las determinaciones sociales e históricas que trazan límites y ejercen presiones sobre esas subjetividades constituidas o en constitución.

Lo anterior desembocaba en el último movimiento de la crítica antorchista en este primer momento, que consistió en contestar la realidad desde una eticidad revolucionaria que impugnaba toda disociación entre medios y fines. El etapismo, la noción de dos momentos en la revolución, de un tiempo para el comunismo y otro para la anarquía, eran todas ideas recusables por el pensamiento y la tradición anarquista.³⁹ Reafirmar esa ética libertaria era reafirmar la distintiva identidad ácrata; era además una recuperación de esa representación de la revolución como corte abismal y definitivo con el pasado.

El viraje protestista

Entre 1917 y 1921 el más importante de los periódicos anarquistas, *La Protesta*, mantuvo respecto de la revolución rusa su simpatía y apoyo –incluyendo la “transicional dictadura del proletariado”–, y censuró por “doctrinarios académicos” y “puristas” a sus críticos antorchistas. Todavía a fines de 1920, colaborando en una publicación que los anarco-bolcheviques editaban en Avellaneda, Emilio López Arango arremetía contra las críticas antorchistas a la revolución rusa invocando la realidad como campo de prueba y eventual rectificación de las ideas. Eran a su juicio las características peculiares de la sociedad rusa, con su bajo despliegue político y cultural prerrevolucionario, las que debían entonces tomar-

³⁹ “La libertad no admite el más y el menos, o se conserva el principio o se le anula: éste es el dilema”, *Tribuna Proletaria*, n° 46, 19/9/1919, p. 1.

se como punto de partida para el análisis de la significación y proyección del hecho histórico, y no la teoría que, si bien servía de guía, no podía ser adecuado elemento de juicio.⁴⁰

Desde este reconocimiento de la situación local y de las diferencias entre la revolución imaginada y la efectivamente acaecida, López Arango ubicaba los mismos problemas y exhibía argumentos semejantes a las iniciales elaboraciones anarco-bolcheviques para justificar su apoyo y simpatía con la experiencia soviética. En primer lugar, la dictadura del proletariado es conceptualizada como arma defensiva, como “instrumento revolucionario que impide la regresión hacia el capitalismo” y que, eventualmente, impediría también la cristalización de una nueva burocracia. Su necesidad nacía de la “situación de fuerza” en que se encontraba la Rusia revolucionada, que precisaba de la permanente vigilia obrera sobre “los actos de los enemigos enmascarados y de los arribistas que pretenden sacar provecho” de la situación. Pero además, la revolución estaría todavía en su fase inicial, caracterizada por el elemento destructivo del viejo orden es entonces el aniquilamiento de la sociedad prerrevolucionaria el objetivo distintivo de la dictadura obrera.⁴¹ Al mismo tiempo, López Arango intentaba despojar de todo “sentido político” al gobierno soviético, presentándolo como una estructura piramidal de gremios y apelando, al igual que lo hiciera Ingenieros, al concepto de democracia funcional para calificar al “gobierno de los soviets”. Aducía, además, que dicho sistema, al que denomina “Estado-sindicato”, era la representación de “voluntades e intereses concordantes”, justamente por ser “una federación de sindicatos” que representaba “a todos los trabajadores en su diversidad de oficios”.⁴² Más notable aún que esta caracterización resulta la aprobatoria existencia de un nivel político “de representación pública” (el comisariado), una idea difícilmente argumentable desde las concepciones anarquistas.⁴³

Evidentemente, estas coordinadas político-teóricas, desde las cuales López Arango razonaba la revolución rusa, manifiestan el fuerte impacto ideológico que ésta provocara entre los militantes ácratas. Incluso este autor, tan influyente entre el anarquismo vernáculo desde entonces hasta su trágica muerte, difuminaba, en sus análisis, el supuesto perfil marxista de la revolución y de los bolcheviques rusos en particular. En primer lugar aducía que denominar “maximalista” a la

⁴⁰ Emilio López Arango, “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, en *Nuevos Caminos*, publicación quincenal del Centro Cultural y Artístico “Nuevos Caminos”, Avellaneda, nº 5, 20/9/1920, p. 7.

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² *Idem*, p. 8.

⁴³ *Ibidem*.

revolución rusa significaba eludir “el verdadero carácter de ese hecho histórico”, pues la revolución resultaba de un sinnúmero de opiniones diversas y de un conjunto de actividades, a veces convergentes y a veces opuestas, que en choque y debate daban por resultado un proceso todavía en elaboración. Los pasos que ese proceso revolucionario estaba dando eran el producto “de una diversidad inmensa de materiales sacados de viejas enseñanzas” y de “valores nuevos descubiertos entre los rescoldos de esa inmensa hoguera social”.⁴⁴ En segundo lugar, aún el maximalismo no sería definitivamente marxista, pues si sus modalidades autoritarias expresas en sus actos de gobierno permitían reconocer ese acervo doctrinario, su acción no respondía a “los cánones colectivistas, sino que interpreta[ba] un término medio entre el colectivismo y el comunismo”.⁴⁵ En los términos del debate epocal, los bolcheviques representarían tanto una tendencia socialista marxista como una comunista anárquica.

El esfuerzo de la argumentación de López Arango —como el de muchos otros que por entonces todavía simpatizaban con la revolución rusa— parece estar orientado por dos objetivos. Uno de ellos es el debate con la franja anarquista crítica de la revolución bolchevique; sus dardos se dirigen, entonces, a los antorchistas. Un segundo objetivo es evitar la identificación entre la revolución rusa y el Partido Comunista, el cual, a pesar de su reciente fundación, llevaba adelante una importante tarea de edición de artículos de y sobre Rusia y de actividades de solidaridad con la revolución, con el objeto de constituirse en la encarnación local de los bolcheviques rusos.

Si hasta mediados de 1921, la militancia de la corriente anarquista que he denominado “protestista” adhería a la revolución rusa, y las precauciones y distancias frente a la misma eran de tono menor, todo cambiaría vertiginosamente a partir de aquella fecha. Seguramente ese viraje estaba relacionado con ciertas noticias que llegaban desde Rusia y con una serie de pronunciamientos de algunos de los principales líderes del anarquismo a nivel internacional, como Rudolf Rocker, Alexander Berkman y Emma Goldman, entre otros. La persecución, encarcelamiento, censura y represión de muchos anarquistas en Rusia, y sobre todo la masacre de Kronstadt, fueron los hechos que los protestistas esgrimieron a la hora de explicar este cambio de posición. Pero existían también otros motivos.

Una de las principales cuestiones que se entrelazaban con el reposicionamiento del protestismo ante la revolución rusa era el rumbo que estaba tomando la

⁴⁴ *Idem*, p. 7.

⁴⁵ *Idem*, pp. 7-8.

FORA quintista. A fines de septiembre y principios de octubre de 1920 tuvo lugar el Primer Congreso Extraordinario de la FORA Comunista, y algunas de las resoluciones de ese congreso tendían a desdibujar su perfil anarquista tal como había sido hasta entonces, y a reelaborar parte de sus principios y prácticas. Las más de 250 entidades participantes, si bien se pronunciaron por mantener la organización federalista, le daban a la perspectiva del sindicalismo industrial un nuevo lugar.⁴⁶ Respecto del problema de la unidad del movimiento obrero, este Congreso Extraordinario tomó también resoluciones ambiguas, tratando de conciliar tendencias enfrentadas.⁴⁷ La tendencia a la unidad de los trabajadores probablemente se nutría, más allá de las propuestas anarco-bolcheviques, de la percepción de su necesidad frente a la homogénea cohesión lograda por los sectores dominantes, tanto a través de la Asociación Nacional del Trabajo como de la Liga Patriótica, y cuya capacidad de movilización y de apelación a la violencia quedó demostrada desde su formación. Ante un frente patronal tan sólido y decidido es más que probable que el discurso de la unidad obrera encontrara suficiente eco entre los trabajadores (y sobre todo entre los más activos). Otra cuestión en la que dicho Congreso Extraordinario adoptó una fórmula conciliatoria —postergando su resolución— era el problema del alineamiento internacional. Se rechazó tanto la adhesión a Amsterdam como a la Internacional Sindical Roja, pero se decidió enviar ante esta última un delegado forista sin mandato para integrarse a dicha internacional, a la espera de la conformación de la Internacional Sindical Revolucionaria continuadora del espíritu de la I Internacional.⁴⁸

La definiciones del Congreso de la FORA comunista son lo suficientemente equívocas como para evidenciar la existencia de un conflicto entre perspectivas rivales cuya definición estaba abierta. La posibilidad cierta de una nueva y unificada Federación obrera, hegemonizada por los sindicalistas, con presencia anarquista a través del grupo anarco-bolchevique y con la participación del PC, motivó la reacción de los protestistas. Desde junio de 1921 la acción de estos últimos estuvo dirigida a desplazar del Consejo Federal de la FORA Comunista a los anarco-bolcheviques, lo que finalmente lograron en agosto de ese año, acusándolos de ser “agentes políticos introducidos en la organización obrera”.⁴⁹ Las ten-

⁴⁶ *Tribuna Obrera*, n° 4, 28/9/1920, p. 1. También en *La Organización Obrera*, suplemento extraordinario, 1/5/1921, p. 69.

⁴⁷ *La Organización Obrera*, suplemento extraordinario, 1/5/1921, p. 70.

⁴⁸ *Idem*, p.p. 70-71 y 77.

⁴⁹ *La Organización obrera*, suplemento extraordinario n° 2, mayo 1922, p. 60; para la versión anarco-bolchevique de esta expulsión, véase el volante “Un Proceso de Moralidad Sindical”, 29 de junio, 1921, folleto firmado por Antonio Gonçalves, Sebastián Ferrer y J. Vidal Mata.

dencias fusionistas para constituir una única Federación obrera, y las características que podría tener esa organización de las fuerzas del trabajo, amplificaron el debate sobre la revolución rusa. No era sólo un problema de potencial hegemonía sindicalista en una única federación obrera; para ciertas corrientes del anarquismo (como el protestismo y el antorchismo) era una cuestión de supervivencia, pues se relacionaba directamente con el mantenimiento de una identidad anarquista que había sido construida junto con un sector y un perfil del mundo del trabajo. Una central obrera que admitiera y obligara al debate político-ideológico para conquistar en su interior la hegemonía del movimiento obrero, y que se conformara sobre la base del sindicalismo industrial, rompía claramente con las formas y prácticas de la militancia ácrata local. La potencial desaparición de una federación autodenominada anarquista—con “clara definición ideológica”, como sus militantes gustaban decir— en las aguas de la unidad obrera implicaba el riesgo cierto de que se perdiera una de las principales referencias políticas de la militancia libertaria, a lo que se sumaba la imposibilidad político-teórica, inherente a estas perspectivas del anarquismo, de construir un referente específico distinto de las organizaciones gremiales.

La forma que asumió la crítica protestista-forista (una vez que desde fines de agosto de 1921 se expulsara a los dirigentes anarco-bolcheviques de la dirección de la FORA Comunista) era desprender “lógicamente” de la influencia de la revolución rusa las “nocivas” características del emprendimiento fusionista. Para ello, la revolución en Rusia debió ser reexaminada. De todas formas, las primeras críticas de los protestistas se distinguen por su moderación.⁵⁰ Es probable que el cuestionamiento de la revolución rusa fuera todavía problemático entre la militancia anarquista, cuya solidaridad con la gesta rusa parece ser una de las claves de las dificultades para la crítica de la experiencia soviética, máxime cuando muchas de las medidas coercitivas y represivas del gobierno bolchevique podían ser leídas como medidas defensivas ante un mundo hostil o como necesaria represión a una burguesía que no aceptaría jamás el nuevo orden sin resistencia. Los razonamientos que colocaban toda crítica a la revolución rusa como una crítica burguesa y como una falta de solidaridad circulaban con facilidad y tenían potentes efectos —vale recordar la disyuntiva de hierro que formulara

⁵⁰ *Manifiesto Colectivo de las Agrupaciones sobre el estrangulamiento de la propaganda anarquista en Rusia*, agosto de 1921, firmado, entre otros, por *La Protesta*, *Tribuna Obrera*, *La Antorcha*, *Ideas* (La Plata), Editorial Argonauta, Liga de Educación Racionalista, la UCAA (Unión Comunista Anarquista Argentina) y la FORA Comunista. Al leer este manifiesto, uno no puede dejar de sorprenderse por la moderación de la crítica tantos meses después de Kronstadt.

José Ingenieros, homologando posición revolucionaria y apoyo a la revolución rusa mientras calificaba de reaccionarios a quienes la discutieran.⁵¹

Desde septiembre de 1921 las críticas de *La Protesta* y la FORA Comunista se hicieron más agudas, y en gran medida repitieron las formuladas desde mediados de 1919 por los antorchistas, desde el enjuiciamiento de la dictadura del proletariado, pues era el mantenimiento de la autoridad y por tanto la ausencia de libertad, al repudio de las medidas represivas del gobierno bolchevique, pasando por las responsabilidades que en esas consecuencias habría tenido la teoría marxista.⁵² Para apoyar estos nuevos análisis acerca de la revolución rusa, comenzaron a publicarse en Buenos Aires varios folletos de renombrados anarquistas a nivel internacional como Luigi Fabbri, Rudolf Rocker, Emma Goldman, Alexander Berkman, Kropotkin y Makno; también la “Primera Conferencia de las Organizaciones Anarquistas de Ucrania ‘Nabat’” cuyo subtítulo –“Documento para la historia del anarquismo en la revolución rusa”– expresa la voluntad de construir una contrahistoria a las versiones que equiparaban anarquismo y bandolerismo o anarquismo y contrarrevolución en el país de Gorki. En el mismo sentido, páginas y páginas del *Suplemento Semanal de La Protesta* –el cual según sus editores estaba destinado a debatir “problemas de orden internacional y de carácter puramente doctrinario”⁵³– expusieron numerosos artículos de anarquistas locales y del exterior destinados a construir una diferente versión de la revolución en Rusia, destacando en ella el rol de los militantes ácratas.⁵⁴

Como sus predecesores antorchistas aunque más explícitamente, quienes editaban *La Protesta* también trazaban una línea demarcatoria entre lo que fuera una auténtica y profunda revolución social y el momento de lo que ahora pasa a ser calificado como la traición bolchevique. En un artículo de *La Protesta* de febrero de 1922, se afirmaba que Lenin desplegó “la bandera de Bakunin” para hacer la Revolución; aún cuando secretamente era movido por la conquista del poder, el dirigente bolchevique debió apelar a los principios anarquistas porque “el pueblo ruso estaba inclinado a formas de vida social sin gobierno”.⁵⁵ El “bakuninismo” inicial de los bolcheviques se trocó, una vez en el gobierno, en la supresión de las libertades conquistadas “en el primer período de la subversión

⁵¹ Ingenieros, José, *Los tiempos nuevos*, Buenos Aires, Elmer Editor, 1957.

⁵² *La Protesta*, 6/9/1921, p. 1.

⁵³ *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 1, 9/1/1922, “Nuestros Objetivos”, p. 1.

⁵⁴ Durante 1922 y 1923, entre el 30 y el 40 % de los artículos del *Suplemento Semanal de La Protesta* se referían a, o estaban estrechamente vinculados con, la revolución rusa. A partir del año 1924 su presencia es menor, aunque en todos los números existe algún texto referido a esa cuestión.

⁵⁵ *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 8, 27/2/1922, “La consolidación de los derechos adquiridos”, p. 1.

libertaria”.⁵⁶ Este desdoblamiento del proceso revolucionario ruso obedecía a distintos motivos, uno de los cuales era el de establecer alguna conexión entre esa revolución y las ideas anarquistas.⁵⁷ Desde una mirada que construye dos momentos antitéticos en la experiencia rusa, destacando el primero de ellos como revolución social de contenido y forma libertarias y el segundo momento como el de su traición, estos escritores buscaban constituir un efecto legitimador sobre su propia identidad y práctica política, con el objetivo de consolidar su militancia y la adhesión de sus simpatizantes, e intervenir además sobre los sectores que en ese momento pudieran estar indecisos.

En el viraje hacia la crítica de la revolución rusa una de las cuestiones que ocupó predominantemente la agenda protestista fue la resignificación del gobierno bolchevique. Lo que antes era visto como una necesidad para la supervivencia de la revolución —la dictadura del proletariado— pasó a ser estigmatizado como la razón de su sepultura; no se trataba, entonces, de un momento excepcional debido a las urgencias defensivas de una transformación incompleta porque acosada por fuerzas internas y externas que pugnaban por volver al pasado. Por el contrario, la dictadura del proletariado era la nueva forma que asumían las fuerzas que pretendían aplastar lo genuinamente revolucionario de la gesta rusa. De allí que no existiera, como argumentaban los pro-moscovitas, una complementariedad entre soviets y sindicatos, sino que lo que existía entre ambas institucionalidades era un irreductible antagonismo: la dictadura del proletariado significaba la sumisión de los sindicatos a los soviets, los cuales no eran más que instituciones autoritarias, o sea, nuevas encarnaciones de la autoridad cuyo real propósito era la ruina de los sindicatos en tanto asociaciones voluntarias de productores libres.⁵⁸

El Estado soviético no era ningún estado provisional o transitorio sino la manifestación más elocuente de “la nueva casta surgida del partido comunista”⁵⁹. En rigor, en el razonamiento de los anarco-protestistas, el régimen bolchevique es una dictadura *sobre* el proletariado, lo que no podía ser de otra manera si se mantenía la continuidad de la institución estatal.⁶⁰ De ello inferían la justeza de la prédica antiestatal, antipolítica y antiautoritaria del anarquismo.⁶¹ El viejo

⁵⁶ Consejo Federal de la FORA Comunista, “El Problema de la unidad obrera”, Buenos Aires, edición de *La Protesta* y Consejo Federal de la FORA Comunista, enero de 1922, p. 6.

⁵⁷ De la misma manera, es notable el esfuerzo por establecer *otra* historia de la revolución rusa, en la que se destaquen sus “originales” caracteres libertarios. Cfr. *La Protesta. Suplemento Semanal*, años 1922 y 1923.

⁵⁸ *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 4, 30/1/1922, “Sindicatos y soviets”, p. 1.

⁵⁹ *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 2, 16/1/1922, “Estado y burocracia”, p. 5.

⁶⁰ *Ibidem*.

⁶¹ *Ibidem*.

principio según el cual todo partido en el gobierno se transformaría fatalmente en una burocracia asfixiante cuyos intereses particulares se opondrían, *vis á vis*, a los de las masas, estaría logrando en la experiencia rusa una nueva confirmación. Incluso –aducían estos anarquistas– aquellos que honestamente creyeron en la viabilidad de la concepción revolucionaria bolchevique no tenían más que observar la actual situación de la Rusia soviética para comprender que ese proyecto no conducía a la Ciudad del Ideal. “Dictadura comunista”, “tiranía bolchevique”, eran las nuevas designaciones para el régimen estatal soviético. De tal manera, Octubre de 1917, anteriormente nominado como el inicio de una revolución destinada a ser la aurora de una nueva época, pasó a ser designado como el “golpe de Estado” que permitió a los bolcheviques encaramarse en el poder, y punto de corte entre los dos momentos de la revolución rusa, el momento libertario y el momento autoritario. La dictadura del proletariado no era, entonces, más que la “dictadura del partido”, y la realización plena de los “intereses proletarios” precisaba de una nueva revolución que implicara el definitivo derrumbe de todo poder estatal en Rusia.⁶²

En esta línea de razonamiento, que como se ha visto recupera la mayoría de las críticas que en 1919 comenzaron a producir los antorchistas, las características altamente negativas de la experiencia bolchevique eran asociadas con el espíritu marxiano que alentaba a ese grupo político. En numerosos artículos, durante los años 1922 a 1924, los militantes protestistas establecieron una continuidad entre el socialismo de cuño marxista, la “revolución política” y la dictadura del proletariado. La práctica bolchevique, orientada hacia “la conquista del poder”, no podía más que desembocar en la formación de un nuevo tipo de dominación, pues a diferencia de la “revolución social” que propugnaba el anarquismo, la “revolución política” no tenía connotaciones de transformación del orden social sino tan sólo la apropiación del poder por una “nueva casta” –una argumentación que, como se ve, retoma las críticas que formulara Bakunin.⁶³

Esta característica “política” del marxismo –además de sus concepciones de un “estrecho clasismo”– constituía una “valla infranqueable” que lo separaba del anarquismo, a pesar del reconocimiento, por parte de estos anarquistas, de un origen común de ambas corrientes.⁶⁴ La neta diferenciación con el marxismo

⁶² *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 8, 27/2/1922, “La consolidación de los derechos adquiridos”, p. 1. Cfr. También, entre otros números, el nº 2 (16/1/1922), nº 4 (30/1/1922), nº 10 (13/3/1922), nº 14 (10/4/1922), nº 15 (17/4/1922).

⁶³ *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 1, 16/1/1922, p. 1. El mismo razonamiento se esgrime en numerosos artículos posteriores.

⁶⁴ *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 2, 16/1/1922, “Estado y burocracia”, p. 5.

que las principales plumas de *La Protesta* buscaban establecer a través de la crítica a la experiencia soviética, por medio de un despliegue argumental que rescatara para las corrientes ácratas todos los aspectos positivos de la revolución y emblocara los negativos con los grupos revolucionarios de orientación marxista, obedecía, en mi opinión, a una reacción por resituar la identidad anarquista, minada por una serie de procesos, la mayoría de los cuales escapaban largamente al campo de visibilidad de los propios pensadores libertarios. Una de las pocas cuestiones que lograron ubicar con meridiana claridad era el significativo impacto que para su conformación identitaria estaba teniendo la revolución rusa, expresado no sólo en la emergencia de una corriente anarco-bolchevique entre sus propias filas, sino en la nueva disputa que por la militancia revolucionaria tenían con el nuevo partido comunista. Más imperceptiblemente, pero evidente en las temáticas que se abordaron, lo que estaba siendo conmovido era el imaginario de la revolución construido por el anarquismo, un imaginario que aunque vagamente elaborado tenía de todas formas una profunda inscripción en su configuración identitaria.

Los protestistas debían, de todas maneras, establecer tanto una argumentación del fracaso revolucionario en Rusia (teniendo en cuenta la noción de una etapa libertaria “ahogada por la mano de hierro de la política marxista”) como una caracterización de la situación en la que estaba desembocando el proceso ruso. Respecto del primer problema las explicaciones oscilaron desde la pervivencia de rasgos asiáticos en la cultura rusa,⁶⁵ hasta las que afirmaban, desde una matriz evolucionista, que simplemente todavía no era el tiempo de la revolución anarquista en la “lenta evolución moral de los pueblos”.⁶⁶ En torno a la segunda cuestión, negado el carácter revolucionario del nuevo régimen de los soviets, *La Protesta* pasó a nominarlo como un “régimen social capitalista”. En una caracterización que en cierta forma anticipa las teorías del “capitalismo de estado”, los protestistas afirmaban que no habiendo sido modificada la estructura económica, los trabajadores seguían siendo asalariados, sólo que bajo el Estado-patrón era un partido político el que se había transformado en el único burgués. Además, al equiparar la estatización de los medios de producción con la trustificación del capitalismo occidental, no sólo sostenían que el sistema soviético había dejado intacto el orden social sino que era la más reciente forma que asumía el capitalismo, ya que “el capitalismo de Estado no es otra cosa que el Super-Estado capitalista, esto es, el capitalismo transformado de hecho en Estado”.⁶⁷ Si la

⁶⁵ *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 1, 9/1/1922, “Comentarios” por Xáxara (seudónimo de Emilio López Arango), p. 2.

⁶⁶ *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 88, 24/9/1923, “Los anarquistas y la revolución rusa”, pp. 1-2.

⁶⁷ *Ibidem*.

revolución bolchevique significaba la continuación del capitalismo, era posible, para los protestistas, extraer de ello una lección: los bolcheviques habrían demostrado cómo no había que hacer una revolución.⁶⁸

Demonizaciones

Los sectores del anarquismo que a esta altura objetaban la revolución rusa tenían además otra cuestión en la que podían aunar esfuerzos: el problema de la fusión de las federaciones obreras. Tanto antorchistas como protestistas desplegaron una amplia propaganda contraria a la unificación sindical, y sus argumentaciones estuvieron, en esta coyuntura, salpicadas por el debate sobre la revolución rusa. Así, desde *La Antorcha* se podía calificar la conformación de la Unión Sindical Argentina (USA), propiciada según ellos por los anarco-bolcheviques y el PC, como una política cuyo único y verdadero objetivo no era otro que constituir la sección local de la Internacional Sindical Roja: detrás de la política de unificación estaría la supeditación de todo el movimiento sindical a los dictados de la ISR, y por lo tanto de Moscú.⁶⁹ A pesar de las furiosas críticas, el periódico *La Antorcha* no pudo dejar de expresar su satisfacción cuando el Congreso fundacional de la USA se manifestó por “el rechazo del concejal comunista Penelón [...] el rechazo de la Sindical Roja [...] la declaración del comunismo libertario como finalidad [...] la inclusión de los anarquistas encarcelados en Rusia entre los presos y los perseguidos de los cuales el proletariado se debe preocupar”.⁷⁰ Pero estos cuatro puntos que *La Antorcha* mencionaba eran otras tantas réplicas concretas a sus argumentos contrarios a la fusión; al reconocer estas cuestiones como positivas resoluciones del Congreso fundacional de la USA, las objeciones para que los antorchistas se negaran a la integración se tornan mucho más oscuras.

Quienes dirigían *La Protesta* efectuaron también un fuerte despliegue propagandístico contra el Congreso de unificación, motivados por aclarar “estos momentos de confusión” en que se hallaba la militancia libertaria, confusión que provenía de las tendencias bolchevizantes y de la fascinación sentimental que había causado la revolución rusa.⁷¹ Dos ejes principales e interconectados soste-

⁶⁸ *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 15, 17/4/1922, “La lección de la Revolución Rusa”, p. 2, tomado de *Arb Freind*, n° 5, 18/2/1922 y firmado por Sacha Pietro.

⁶⁹ *La Antorcha*, n° 32, 17/3/1922, p. 1.

⁷⁰ *Ibidem*.

⁷¹ Consejo Federal de la FORA Comunista, “El Problema de la unidad obrera”, *op. cit.*, p. 14.

nían la crítica del protestismo a la unificación de los organismos sindicales. En primer lugar, acusaba de burocratismo y autoritarismo centralista las formas de organización obrera propuestas por los fusionistas, fundamentalmente porque quebraban el principio de las asociaciones obreras por grupos de afinidad (sindicatos por oficios) para privilegiar el sindicalismo industrial. En segundo lugar, esta concepción del movimiento obrero organizado, disciplinado a través de rigurosas leyes propias “de un código burgués”, sería, según sus detractores, la lógica consecuencia de una concepción de la revolución derivada de la experiencia rusa, en la que coincidían las tres vertientes de la USA. Más allá de los apetitos hegemónicos particulares, la unidad que se perseguía estaba impregnada de inmediatez: lo que tanto sindicalistas como “bolcheviques” (sea la corriente anarco-bolchevique o el PC) se empeñaban en formar era el “frente único de acción anticapitalista” cuyos estrechos objetivos serían “establecer la dictadura del proletariado y reemplazar al capitalismo en sus funciones económicas”, un programa claramente “economicista” por cuanto la revolución comprendía sólo la subversión de las relaciones de explotación económica.⁷² Por ello se resignaba la “definición ideológica” del proletariado unificado, ya que esa definición no resultaba necesaria si se combatía la explotación pero se pensaba dejar intacta la autoridad.⁷³ En los pliegues del discurso fusionista, los protestistas creían descubrir esa “declaración de fe marxista” que, disfrazada de “oportunismo de aspecto revolucionario”, era en rigor la nueva idea de la conquista del poder. Un aspecto interesante de la argumentación del protestismo es que el centro de la crítica de *La Protesta* es el tipo de unidad que se estaba gestando y la supuesta influencia que la experiencia rusa tendría en este proceso. Es evidente que las críticas fueron exageradas; la USA no adhirió a la ISR y realmente una estrategia de “toma del poder” estaba lejos de ser el criterio principal para su formación. Ello induce a pensar que la preocupación protestista estaba más bien determinada por los nuevos diagramas que se proponían al mundo del trabajo, y por los efectos que tendría entre las filas libertarias la unidad del proletariado por encima de las divergencias ideológicas.

En profunda relación con estas denostaciones de los proyectos unificadores de las centrales sindicales, tanto protestistas como antorchistas produjeron, en los años que van de 1922 a 1924, un intento por caracterizar la especificidad del régimen soviético. Desde *La Antorcha* se inclinaban a pensar la experiencia bolchevique, en tanto genuina expresión del socialismo marxista, como una nueva forma

⁷² *Idem*, p. 2.

⁷³ *Idem*, p. 3.

de dominación. El marxismo habría sido siempre “un movimiento hacia el poder”, cuya figura emblemática era la democracia socialista. Esta democracia, a su vez, era una nueva modalidad de “la dominación estatista y la servidumbre de la clase obrera”. Lo que había surgido en Rusia era una nueva clase, una “categoría económica especial” insertada entre trabajadores y patrones, que venía a reemplazar a la burguesía decadente mediante la revolución política.⁷⁴ Los bolcheviques serían, entonces, la encarnación de la democracia a partir de nuevos métodos, aun cuando su objetivo fuera el de siempre, el de toda “política”: la constitución de un poder estable. Esta nueva metodología propia del bolchevismo remitía, en la argumentación de los escritores antorchistas, a la constitución de un disciplinado movimiento obrero bajo la dirección centralizada y autoritaria del partido político; es más, la política bolchevique no se detendría en las fronteras rusas sino que se propagaría como nueva forma de dominación mediante la constitución de análogos movimientos en distintos países, a través de la ISR y la Tercera Internacional.⁷⁵ Mediante estas argumentaciones se construyó la figura del “pérfido bolchevique”, ese “demócrata que aspira a agarrar el poder, a organizar y a mandar a las masas”.⁷⁶ Su imagen, la del “enemigo más peligroso” del anarquismo, mezclaba astucia con seducción y su posición amenazante residía en su capacidad de intervención política a la par que ocultaba sus verdaderos intereses: “El bolchevismo es extremadamente sutil, astuto, vulgarmente materialista. Se adapta a todos los lados de la naturaleza humana, ocultando admirablemente bien los objetos de esta adaptación, y gracias a esto es fuerte en sus trampas estratégicas”.⁷⁷ Esta virtualidad del bolchevismo residiría, a juicio de los editores de *La Antorcha*, en esa combinación de marxismo y democracia. El socialismo marxista habría encontrado en la democracia —que implicaba necesariamente, para los antorchistas, la representación de los grupos sociales en un cuerpo dirigente que se autonomizaba de las bases electoras— la forma de construir un poder disciplinador que, tras la fachada de la fraseología revolucionaria, mantenía inalterado el esquema de opresión. Desde esta perspectiva el movimiento que había surgido con la revolución rusa poseía una dimensión universal, en tanto era la nueva forma de dominación sobre los oprimidos que reemplazaría, paulatinamente, a la desvencijada y ya anticuada “democracia burguesa”.

También los redactores de *La Protesta* incursionaron repetidamente en la búsqueda de una caracterización del nuevo régimen soviético. La elaboración de los

⁷⁴ *La Antorcha*, n° 63, 8/12/1922, “El espíritu de clase del bolchevismo y del sindicalismo revolucionario”, p. 3.

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ *Ibidem*.

⁷⁷ *Ibidem*.

protestistas partía de identificar un mismo proceso contrarrevolucionario que más allá de sus diferentes expresiones tenía en común su articulación desde el corpus marxista. Bajo la forma del “marxismo democrático” de Ebert, del “marxismo bolchevique” de Lenin o del “marxismo fascista” de Mussolini, las viejas instituciones e ideas burguesas que entraron en crisis desde la guerra mundial, estaban siendo reemplazadas por el marxismo, pero sólo para mantener inalterado el proceso histórico capitalista.⁷⁸ La más fuerte de las figuras elegidas por *La Protesta* fue la de parangonar el régimen bolchevique con el fascismo italiano.⁷⁹ Uno y otro eran la emergencia de un nuevo tipo de autoridad destinado a mantener el orden social. En la ilustración de tapa del *Suplemento Semanal* de *La Protesta* del 26 de noviembre de 1923 se observa a un obrero flanqueado por dos guardias; el trabajador —en cuyo rostro se refleja una mezcla de perplejidad y tristeza—, encorvado por lo que puede inferirse era una tarea agotadora, está provisto de un tarro de pintura y una brocha. En la leyenda al pie del grabado se lee: “Con pintar todas las instituciones burguesas de rojo, tenemos al bolcheviquismo revolucionario”.⁸⁰

Es cierto que los escritores ácratas fueron de los primeros en señalar críticamente esas tendencias autoritarias que cristalizarían luego en el stalinismo, como el rol sustituita adoptado por los bolcheviques, la represión de las disidencias políticas o la pérdida de autonomía de las instituciones soviéticas, sindicales, etc. En este sentido, la crítica anarquista era una crítica estimulante y sugerente.⁸¹ Sin embargo estas intervenciones, más que desentrañar los derroteros del proceso ruso, parecen haber estado dirigidas a reconstituir la concepción y el imaginario revolucionario del anarquismo y a resguardar su perfil identitario. Durante el año 1924 se publicó una profusa cantidad de artículos que intentaban precisar las ideas anarquistas en torno a la revolución imaginada. Algunas cuestiones claves fueron abordadas en clara confrontación con lo que decían era la concepción revolucionaria del marxismo, pero más que nada con la imagen construida a partir de una lectura de la revolución rusa que fuera descifrada —por la mayoría de los amigos y los enemigos— en términos sumamente esquemáticos. Frente

⁷⁸ *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 88, 24/9/1923, “Los anarquistas y la revolución rusa”, pp. 1-2.

⁷⁹ En varias ilustraciones del *Suplemento Semanal* de *La Protesta* puede observarse a Lenin y Mussolini, o a un bolchevique y a un fascista dialogando amable e irónicamente sobre los logros de sus respectivos regímenes, por otra parte caracterizados como esencialmente similares.

⁸⁰ *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 97, 26/11/1923, p. 1.

⁸¹ Es destacable que, cuando parte del anarquismo pasó a la censura de la revolución rusa, se hiciera eco de la temprana crítica que a los bolcheviques dirigiera Rosa Luxemburg. Véase un artículo de Rudolf Rocker en el que se reproducen extractos del texto de Luxemburg que había sido recientemente publicado por Paul Levi, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 13, 3/4/1922, pp. 2 y 3.

a ese imaginario revolucionario en el que las trazas de la experiencia bolchevique parecen haber sido de una densidad sólo reconocida por la hegemonía que alcanzó varios años después, las corrientes anarquistas se propusieron recuperar los rasgos del imaginario ácrata como parte de la recomposición de su perfil militante y revolucionario.

Hacia fines de 1924 poco queda, en el anarquismo, que se identifique con la revolución rusa. Lo más importante quizás, porque permitió en su momento esas lecturas esperanzadas de la revolución, fue que la actividad huelguística y movilizadora de gran parte de los trabajadores en la inmediata posguerra se trocó en pasividad desde 1922. Aquellas primeras imágenes de la revolución rusa como evento que anunciaba el inicio de los “tiempos nuevos”; esa lectura del *octubre rojo* como corte cataclísmico y apocalíptico, cuya furia destructora era la precondition de la construcción de la Ciudad del Ideal; esos sesgos milenaristas y románticos que los anarquistas pusieron en juego a la hora de descifrar los primeros pasos del levantamiento ruso, todas esas imágenes y figuras fueron abandonadas definitivamente para explicar aquella revolución –incluso por quienes siguieron simpatizando con ella. Al mismo tiempo que la revolución rusa dejaba de ser leída desde esas claves, el imaginario revolucionario propio del pensamiento libertario intentó ser reconstruido luego del cimbronazo al que lo sometió “la revolución efectivamente realizada”. Las claves milenaristas y apocalípticas nutrieron nuevamente las ideas que sobre la revolución propiciada tenían los pequeños cenáculos libertarios. Sin embargo, tanto el universo de la izquierda militante –e incluso el ya pequeño mundo del anarquismo local– como las imágenes de la revolución habían sido drásticamente tocados por la revolución rusa.